MISTERIOSA

A M

Capítulo 1

Otra vez diciembre- pensó para sus adentros, mientras esperaba que las agujas del reloj de pared indiquen las 15 horas para culminar la jornada laboral. Otro año más que se esfumaba mientras Miguel, sumergido hasta las fauces en la rutina, sumaba vicios para evadir la angustia que le genera vivir encerrado, para reclutar mas y mas objetos en el hogar que no iba a utilizar.

Cada tarde luego de trabajar, Miguel asistía sin falta al bar ubicado en la esquina de la empresa donde convivía durante un par de horas con empleados de otras firmas comerciales de la zona. Bebían cervezas, fumaban y conversaban sobre las experiencias del día, o discutían acaloradamente sobre cuestiones políticas que, algunas veces, terminaban en combates a golpes de puños.

- ¿alguien ha visto ultimamente a Rodriguez? -, preguntó con un gesto de preocupación el viejo Lazarte, a quién le quedaba poco para jubilarse y perdía su salud en casinos y bares.

-como... ¿no te enteraste?, lo encontraron desparramado en el suelo, con un gesto de terror contagioso que según las pericias resulta un tanto misterioso. Se encontraba solo en la oficina...

Fué lo último que retuvo Miguel de la conversación. Sorprendido, ya en la intimidad de su hogar , no encontraba explicación a semejante acontecimiento. De todos, Rodriguez era el mas sano, aunque su único vicio eran las apuestas en el hipódromo. Repasó meticulosamente el itinerario del día anterior de Rodriguez. Pensar que un rato antes trataba de seducir a una cliente de la empresa de seguros, muy atractiva por cierto.

Aquella noche no pudo dormir. Tomó una botella de licor y comenzó un errante paseo por el barrio. Hasta que llegó a una plaza y se sentó a beber probando si el sueño conviviría con él ese día. Luego de una hora regresó y se durmió rápidamente sin quitarse siquiera los zapatos.

Aquella noche tuvo un extraño sueño. La mujer que horas antes de su muerte hablaba con Rodriguez golpeaba a su puerta, que en realidad no era su casa, sino una especie de galpón deshabitado. Él vestía un caro traje de color azul oscuro que jamás había visto en su pecaminosa vida. Ella, el mismo vestido negro que resaltaba su figura espectacular que, combinado con su actitud y elegancia resultaba impactante para cualquier mortal.

En el sueño, se sentaban a conversar en unos polvorientos sillones, lo único que había en ese galpón, y ella con voz calma y profunda recitó una

especie de preámbulo, una formalidad como la siguiente,

-me imagino que sabe para que he venido ¿cierto?, estoy aquí para negociar su situación. Los tiempos han cambiado y mi proceder evoluciona. Ahora priorizo la cuestión ética, no porque nazca de mí, sino porque el mundo y las fuerzas que a éste manipulan me han dado esa directiva...- rezaba la mujer mientras emanaba un intenso perfume frutal y entre tanto y tanto expulsaba una bocanada de humo de su cigarrillo.

-Sabe usted- continuó mientras Miguel observaba intimidado- en estos tiempos la gente se mata a sí misma poco a poco y se dezplazan por la ciudad como autómatas, como si no tuviesen alma, como si carecieran de luz propia. A usted lo he estado observando aunque no lo crea... todo ese alcohol, el insomnio, los excesos... pareciera que su vida no le sienta muy bien que digamos, ¿no pensó nunca en...?-

y fué entonces que el rostro de la mujer se convertía en una especie de monstruo con grandes y filosos dientes como cuchillas que ni su imaginación de niño había sugerido, e intentaba devorarlo. Despertó con un grito, bañado en sudor. Miró el reloj y supo que llegaba tarde a trabajar.

Miguel caminaba rápidamente por la avenida principal de la ciudad esquivando y llevándose por delante a la multitud de personas que circulaban a esa hora de la mañana. Cuando divisó entre todas esa cabezas a la misma mujer de la pesadilla, a la misma mujer que visitó a Rodriguez antes de su muerte.

-señor señor, usted es de por aquí? ¿podría indicarme dónde queda...?- le preguntó la mujer.

Él giró violentamente y corrió en la dirección contraria ante los insultos de la gente que lo rodeaba. volteó la cabeza y vió a la mujer que lo perseguía, -señor!! ¿esta billetera es suya?- le gritaba. Miguel corría y sentía como se quedaba sin fuerzas poco a poco. La luz del día se desvanecía lentamente, como si alguien fuera girando una perilla que disminuía su intensidad.

Segundos mas tarde, Miguel yacía en el suelo rodeado de gente que se tomaba la cabeza. Los medios televisivos no demoraron en asistir al evento al mismo tiempo en que las sirenas de las ambulancias y policía que completaban el nefasto episodio. Mientras un periodista describía la particular expresión de terror que conservaba en el rostro el fallecido.